

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DIECISIETE AÑOS DESPUES

LA VUELTA DE PERON

El retorno del general Perón a su país, después de diecisiete años de exilio, ha sacudido el interés informativo del mundo entero, no sólo por tratarse de la República Argentina, una de las naciones rectoras de la América hispanoparlante, sino también por el singular fenómeno de la perduración activa del liderazgo del antiguo presidente sobre una parte considerable de la opinión de la República del Plata. En 1965, últimas elecciones libres, realizadas en aquellas tierras, cuando ya llevaba Perón diez años ausente, todavía obtuvieron sus seguidores casi un 36 por ciento de los sufragios emitidos sin que él tomara parte en la lucha. Parece pues razonable aceptar hoy como verosímil que un 40 por ciento del electorado, o más, se halla directa o indirectamente influido por su personalidad. Que ese culto y rectoría se mantengan incólumes a través de la distancia y el tiempo presta a reflexión, sea cualquiera la solución que del problema político de la República se produzca con su presencia.

Conoció a Juan Domingo Perón en mis años de jefe de misión en Buenos Aires cuando ocupaba el la cumbre del Poder Ejecutivo. La Argentina es un inmenso, riquísimo y complejo país. Sus dimensiones son continentales; su economía agrícola y ganadera se apoya en la tierra y en el clima, fecunda aquélla, en términos inconcebibles; moderado éste, hasta hacer innecesario el albergue de las reses. La complejidad argentina dimana de su carácter. Sin raza autóctona de color; con un sedimento gaucho y criollo de raíz hispánica; asentada por cien familias colonizadoras terratenientes; abierta a las emigraciones europeas: gallega, italiana, vasca, germana, eslava y judía; impregnada en sus altos niveles de elaborada cultura francesa; con una Iglesia fuertemente implantada en la sociedad; y el capitalismo americano —sucesor del británico— omnipresente, la República actual es un inmenso crisol de grupos humanos diversos, de fuerte dinamismo expansivo, consciente de su fuerza y de su porvenir.

Perón era un campero fornido y atlético; deportista y militar, jinete, esgrimista y esquiador consumado. Durante su etapa de agregado militar en Europa conoció el auge de los fascismos y la realidad social del Occidente de los años 30. Cuando regresó a su patria llevaba proyectos políticos y sociales que suponían respecto a los niveles de los partidos actuantes, notables ventajas y adelantos en orden a su adecuación al país. Su lenguaje llegaba a unos sectores a los que los otros líderes no podían alcanzar. En la revuelta confusión de aquella etapa en que a partir de 1930 el Ejército había empezado a intervenir en la vida política, Perón supo jugar con frialdad y astucia pidiendo para sí, después del golpe de 1943, la Secretaría de Trabajo que ningún colega suyo quería y que intuyó sagazmente había de ser la plataforma clave para organizar desde allí un movimiento de masas sobre el que apoyar más tarde una organización democrática popular.

El retraso argentino respecto al resto del mundo occidental en orden a legislación laboral y social era, en 1943, considerable. Apenas existían normas de previsión, de seguros, de jor-

nadas legales, de accidentes de trabajo, de retiros de vejez. En Argentina, fue el presidente Irigoyen el que hizo en los años de la primera guerra europea la apertura a la pequeña burguesía y a la clase media, a través del radicalismo, para que participara en la responsabilidad parlamentaria y política. Pero el proletariado —ya bastante numeroso— quedó prácticamente excluido del concurso activo. En 1930 la oligarquía afectada por la gran crisis financiera del 29, movió al Ejército a romper el sistema parlamentario para retroceder aún más hacia formas arcaicas de gobierno. La guerra mundial complicó la situación. La llegada de Perón al puesto de rector de la política laboral y social desencadenó una avalancha de adhesiones sin precedentes. No es exagerado decir que la clase trabajadora —ya muy numerosa en el país— estaba en su inmensa mayoría con el entonces coronel Perón.

El resto de la historia es conocido. Hay otro golpe oligárquico-militar, en 1945, y Perón es arrojado a las fieras. Se insurreccionan entonces los suburbios obreros e industriales de Buenos Aires y obligan a libertar a su ídolo. Perón vuelve al Poder, esta vez con el mando total. Unas elecciones presidenciales convalidan democráticamente su presidencia.

¿Qué eran los «descamisados»? Esencialmente los «marginales». Los grupos humanos cada vez más considerables que no tenían sitio en los esquemas del inmovilismo militar o derechista y que pugnaban por levantar su voz y ejercer su voto. Pregunté una vez a Perón si conocía el hecho de que a los partidarios de Espartaco en la Barcelona progresista de 1840 les llamaban así: «descamisados». Se rió y me dijo que no. Pero en el «Martín Fierro» en cambio había encontrado aquella estrofa que empieza:

«Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se pareciera...»

y que describe patéticamente la pobreza extrema del matrero, del gaucho del campo.

Pero su habilidad consistió en extender y buscar el apoyo de sus partidarios hacia otras zonas ajenas al sindicalismo activo. Su populismo social llevaba aneja una buena dosis de nacionalismo activo muy del gusto de la burguesía media y aun de ciertos grupos intelectuales. Frente a Norteamérica levantó bandera de independencia política y económica, polarizando hasta un cierto punto la resistencia del continente sudamericano a las múltiples vías de la colonización. Enemigo de los bloques ideológicos —por lo que tenía de forzoso sometimiento a uno, u otro de los grandes— intentó, con escasos medios, definir una «tercera posición», que con todas las salvaduras de la comparación volvería a formular, diez años después, el general de Gaulle, «urbi et orbi». Perón logró así un ancho consenso popular que le permitió ganar holgadamente las elecciones, una y otra vez. Es verdad que practicaba la demagogia y que gustaba del plebiscito y de las fórmulas de diálogo, en el foro, con el pueblo congregado en las plazas. Es cierto también que detrás

de las formas democráticas, liberales y parlamentarias que respetó siempre, buscaba hábilmente los métodos más diversos para aniquilar y deshacer la oposición. Tampoco cabe olvidar que su política económica no fue acertada, consumiendo sin gran provecho las reservas acumuladas durante la guerra mundial y organizando una industrialización en demérito de la agricultura y ganadería que llevó a una inflación y depreciación monetarias de la que todavía no se ha repuesto el país.

Todo ello es así, como el que su otro grave error fue combatir a la Iglesia, enfrentamiento que aprovecharon sus enemigos para azuzar al Ejército —con otras connivencias seguras— y derribarlo del Poder en 1955, fecha en que comienza su largo período de exilio.

Pero las Fuerzas Armadas, dueñas del gobierno aunque con distintos nombres y aspectos durante este período, no han sabido o no han podido ni superar la crisis económica, ni encabezar un gobierno estable. La mayoría de la clase trabajadora ha seguido fiel a Perón y no se ha sentido integrada en el sistema. Y si es auténtico el deseo de los detentadores del Poder de reintegrar la vida de la República a la libre convivencia democrática, ¿cómo prescindir en un Estado moderno de ese enorme y decisivo estamento que son los productores, la población activa, los hombres y mujeres que trabajan? Había que negociar con Perón. Había que superar una década y media de malentendidos y el error de haber prescindido de una personalidad y una fuerza sin la cual el país político se hallaba amputado e incompleto.

Es admirable el temple del general Lanusse, actual jefe del Estado, en afrontar directa y abiertamente la situación. El envite es serio. El riesgo de tumulto o revuelta, grande. La posibilidad de fracaso, considerable. Hasta existe, creo yo, el remoto peligro de que los compañeros de la Junta Militar piensen que Lanusse haya ido demasiado lejos y traten de desautorizarlo. Pero el presidente argentino ha querido asumir la entera responsabilidad del acontecimiento. Y se ha propuesto exorcizar de una vez los fantasmas, las amenazas, los bulos que durante años han rodeado el problema del exiliado de Puerta de Hierro. Lanusse sabe que en cualquier país el proceso de normalización institucional, de tránsito, en suma, lleva consigo una probabilidad de eventual fracaso y un indudable factor de riesgos de toda clase. Pero como todo buen gobernante, los ha afrontado con decisión.

Los diecisiete años de lealtad al peronismo por parte de los trabajadores son el otro elemento impresionante del episodio en cuanto que revelan hasta qué punto se movilizan las masas cuando lo que les afecta es vital para su existencia y supervivencia y que notable es la ceguera de otros estamentos que no ven más interés que el suyo específico y entienden que la mejor protección a su egoísmo es la ignorancia de la condición ajena.

José María DE AREILZA

EL ARTE, PATRIMONIO

ESPECIES DE VANDALISMO

La «Pietà» de Miguel Ángel, restaurada, ha vuelto a su sitio. Si el arreglo ha sido hábil, como es de suponer, los futuros visitantes de la escultura ni siquiera se darán cuenta del desperfecto, y dentro de unos años, la anécdota del atentado apenas será recordada por nadie. Quizá la evoque el cicerone del local, para añadir colorido a sus explicaciones, pero pasará tan inadvertida como cualquier otro dato subalterno o dudoso de los que recite. El agresor, ¿quién fue, qué se propuso? Hace casi cuatro días que ocurrió el hecho, y ya se esfumó su rostro. Estas bromas —malas bromas— tienen su sino. Por lo general, suelen intentarse con el ánimo de «llamar la atención» respecto a algo o a alguien. Técnicamente, la cosa recibe, a veces, el nombre de «erostatismo». Eróstrato fue, según dicen las enciclopedias, un pastor de la Grecia antigua, que, insatisfecho de su égloga particular, quiso ser «celebre», y para conseguirlo, incendió el templo de Diana en Efeso, una de las Siete Maravillas del Mundo. Era una posibilidad, desde luego: hay que reconocerlo. Sin embargo, dio poco resultado. Todavía él, el rabadán o zagal pirómano, se salva como punto de referencia. Sus imitadores, a lo sumo, obtuvieron la breve «fama» de una noticia, y nunca fueron bien vistos por la ciudadanía...

O sea: «llaman la atención», pero poco. Porque se equivocan al escoger la diána. Una magnífica de cuarta fila, por ejemplo, salta a las páginas de la prensa y de la historia con mucha más resonancia. No pretendo establecer comparaciones que, en definitiva, pecarían de arbitrarias; pero es evidente que el individuo a quien se atribuye el asesinato de Kennedy gozará de una «posteridad» que nunca lograría un hipotético «destructor» del Louvre completo. La vida es así. A pesar de que las multitudes contemporáneas están ya ligeramente sensibilizadas al «valor» objetivo de las obras de arte, no se producen grandes conmociones populares cuando se perpetra un crimen contra ellas. Surge, naturalmente, la repulsa sincera de los «afli-

cionados», y un vago malestar se difunde entre la gente que conserva una cierta memoria escolar. Pero ahí acaba todo. Y me temo que la propia peripecia de Eróstrato tomó relieve, no tanto porque el templo de Efeso fuera una «obra de arte», como porque era un «templo» o un «edificio suntuoso». El arte, al igual que todo lo demás que metemos dentro del saco de la Cultura —con mayúscula—, sólo muy de refilón afecta al vecindario. La indiferencia acostumbra a ser usual y coriácea. Prueba de ello es que cada día...

Sí: exactamente, «cada día» se cometen, no digo una, sino mil, miles de barrabasadas contra el patrimonio común del «arte». Y a menudo, no son menos importantes que picarle la nariz a una figura del Buonarrotti o rasgar un lienzo de Goya. Hay innumerables maneras de «destruir». La ferocidad deliberada de quien da un martillazo a un mármol insigne, o raya con un cuchillo la superficie de una tabla clásica, es, al fin y al cabo, una eventualidad excepcional. Se trata de acontecimientos —por fortuna— esporádicos, y el pequeño eco de repugnancia que despiertan aún tiene aspectos positivos. Pero nadie levanta la voz ante la ruina sistemática, oprobiosa e inexorable, a que se ven sometidas cantidades inmensas de pintura y escultura, esparcidas en los lugares más insospechados. Conozco más de un economo rural que, a raíz del descalabro de la «Pietà» romana, profiera lamentaciones ético-estéticas agradablemente construidas, mientras que, en su sacristía, media docena de piezas procedentes de un retablo gótico bastante glorioso se deterioran con la humedad, el polvo y los últimos humos litúrgicos. Algo de suerte hay, con eso de que los rituales renovados consuman menos cera y menos incienso que antaño. Pero ni así las expectativas resultan afables. Y no todo va a cargo del clero, huelga decirlo...

La alusión a los eclesiásticos ha de ser la primera, ya que, por razones históricas obvias, las iglesias se convirtieron en magníficas alcan-

cias de arte. La mayoría de los Cabildos y de los cenobios con pasado insigne han organizado sus museos, cuidan de sus materiales, y lo de menos es que hagan pagar unos céntimos de entrada para contemplar el muestrario. Ya no ocurre lo mismo con las parroquias, las ermitas y los conventos menores. De vez en cuando, se habla de «fugas» ignominiosas: ventas claras o subrepticias, a chamarreros o a coleccionistas. La situación plantea problemas jurídicos notorios: no lo ignora. Y el primero sería éste: ¿quién es el «propietario» de esas obras de arte? ¿El obispo de la diócesis, el vicario del pueblo? ¿O «todos» nosotros, descendientes de los donantes, feligreses o no, miembros del censo municipal pura y simplemente? Pero la responsabilidad se extiende a los laicos: a sus autoridades... No me atrevo a ir más allá del nivel público. Los poseedores de obras de arte con titularidad estrictamente «privada» escapan al comentario. Cada cual hace de su capa un sayo, y la Ley Hipotecaria salvaguarda el principio. No hay nada que decir acerca de la Ley Hipotecaria: es «perfecta» para siempre. Además, en los «registros» derivados no se incluyen los cuadros ni las esculturas, ni los tapices, ni las miniaturas, ni los libros, ni...

«Vandalismo» fue un término acuñado por los perorantes de la Revolución Francesa, oradores —«oratorianos»— de las primeras asambleas expansivas. Creo que fue el mismísimo abate Grégoire quien inventó la palabra. Las revoluciones han sido, tradicionalmente, simétricas en sus movimientos primarios. Por ejemplo, en el de quemar iglesias. Puestos a quemar, los revolucionarios podían haber reducido a cenizas «cosas» más decisivas que altares y santos. Y, al asaltar un palacio, lo que menos importaba era el archivo de la familia y los retratos genealógicos. Pero —¡qué le vamos a hacer!— así funcionó el mecanismo. Los «ilustrados» de la convención se espantaban de los desmanes que ejecutaba su presunta clientela comarcal. Ellos, los propios «ilustrados» y el «abbé» Grégoire al

frente, fueron también unos «vándalos» de tomo y lomo en otras perspectivas: la lingüística, sin ir más lejos. No entraré en tanto detalle. La verdad tuvo que ser ésta: se desencadenaba un «vandalismo» —una barbarie— en el sentido de destruir todo lo destructible, por poco que oiese a Antiguo Régimen. Daba la «casualidad» de que el Antiguo Régimen era la «cultura». La Cultura siempre es un residuo del Antiguo Régimen inmediato. ¿Qué son, hoy, la Cibernética, los cálculos nucleares, las excursiones a la Luna, la investigación sobre el cáncer, y, ¡ya me dirán ustedes!, la poesía lírica, la novela, la Lógica Matemática o las delicias del «diseño industrial», sino Antiguo Régimen?

Yo me atrevería a proponer una contabilidad «cultural» —difícil de verificar, ya lo sé, pero con cierta esperanza de que sea comprensible—, según la cual los «vándalos» febriles, que se ensañan con la «Gioconda» o con la «Pietà», o que devastaron o desamortizaron monasterios o capillas, no significan nada frente a la tremenda, constante, cotidiana operación «vándalica» que implica la incuria o la ignorancia. La devastación más peligrosa no es, a mi entender, la del «contestado», sino la del «conservador», que no sabe serlo —que no sabe, ni quiere «conservar»—. Por falta de imaginación intelectual o por falta de recursos económicos; pero, sobre todo, por una maquiavelica inocencia en el ramo de la «cultura». Para que estas cosas marchasen mínimamente bien, la Dirección General de Administración Local —es una manera de decir— y el Síndico Permanente —improvisó el rótulo—, deberían tomar sus precauciones: no nombrar un alcalde, los unos, ni un párroco, los otros, sin someterles a un cursillo intensivo de Historia del Arte. Y me quedo en la jerarquía mínima, aunque la exigencia lógica tendería ir más arriba... El «vándalo pasivo» es la amenaza más directa. Globalmente considerada, la amenaza más horripilante...

Juan FUSTER

AGUAS RESIDUALES
POTABILIZACIÓN AGUAS DE POZO

DESCALCIFICACION
DEPURACION PISCINAS

INCORE
RICARDO FLORES

Infanta Carlota, 153 - BARCELONA - 15 - Teléfonos 250 46 22

IMPORTANTES REFERENCIAS A DISPOSICION INTERESADOS

(DISTRIBUIDORES EN TODAS LAS PROVINCIAS)

230 92 13

239 24 13

